

Michael Cunningham

LAS HORAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MICHAEL CUNNINGHAM
LAS HORAS

Traducción del inglés de Jaime Zulaika

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Hours*

1.ª edición: noviembre de 2020

© Michael Cunningham, 1998, por acuerdo con el autor

© de la traducción, Jaime Zulaika Goicoechea, 1999
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-854-2
Depósito legal: B. 14.928-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|-------------------------|-----|
| Prólogo..... | 13 |
| La señora Dalloway..... | 21 |
| La señora Woolf..... | 45 |
| La señora Brown | 53 |
| La señora Dalloway..... | 69 |
| La señora Woolf..... | 93 |
| La señora Brown | 101 |
| La señora Woolf..... | 107 |
| La señora Dalloway..... | 117 |
| La señora Brown | 131 |
| La señora Woolf..... | 149 |
| La señora Dalloway..... | 161 |
| La señora Brown | 183 |
| La señora Woolf..... | 199 |
| La señora Dalloway..... | 201 |
| La señora Woolf..... | 211 |
| La señora Dalloway..... | 225 |

| | |
|---------------------------------|-----|
| La señora Brown | 243 |
| La señora Dalloway..... | 253 |
| La señora Brown | 265 |
| La señora Woolf..... | 269 |
| La señora Brown | 273 |
| La señora Dalloway..... | 277 |
| | |
| Agradecimientos..... | 291 |
| Una nota sobre las fuentes..... | 293 |

La señora Dalloway

Todavía hay que comprar las flores. Clarissa finge exasperación (aunque adora hacer recados así), deja a Sally limpiando el cuarto de baño y sale corriendo, prometiendo que volverá dentro de media hora.

Estamos en la ciudad de Nueva York. Estamos a finales del siglo xx.

La puerta del vestíbulo se abre a una mañana de junio tan hermosa y limpia que Clarissa hace un alto en el umbral como lo haría en el borde de una piscina, y contempla el agua turquesa que lame los azulejos, las líquidas redécillas de sol que oscilan en las profundidades azules. Como si estuviera al borde de una piscina, posterga un momento la zambullida, la rápida membrana del escalofrío, el puro sobresalto de la inmersión. Nueva York, con su bullicio y su decrepitud severa y parda, su declive insondable, produce siempre unas pocas mañanas de verano como esta; mañanas invadidas en todas partes por una afirmación de vida

tan resuelta que casi parece cómica, como un personaje de dibujos animados que sufre atroces castigos sin fin y siempre sale ileso, intacto, dispuesto a sufrir más. Este junio, de nuevo, han brotado unas hojitas perfectas de los árboles que flanquean la calle Diez Oeste y que crecen en los cuadrados de tierra de la acera llenos de caca de perro y de desechos. De nuevo, en el tiesto del alféizar de la anciana que vive en la casa de al lado, lleno como siempre de mustios geranios rojos de plástico insertados en la tierra, ha brotado un pícaro diente de león.

Qué emoción, qué conmoción estar viva una mañana de junio, próspero, casi un escandaloso privilegio, y con un solo recado que hacer. Ella, Clarissa Vaughan, una persona corriente (a su edad, ¿para qué molestarse en negarlo?), tiene que comprar flores y dar una fiesta. Al bajar las escaleras del vestíbulo, el zapato de Clarissa entra en resuelto contacto con la piedra rojiparda, vetada de mica, del primer peldaño. Tiene cincuenta y dos años recién cumplidos y una buena salud que es casi insólita. Se siente exactamente igual de bien que se sentía aquel día en Wellfleet, cuando tenía dieciocho años, en que salió por las puertas de cristal a una mañana muy parecida a esta, fresca y casi dolorosamente clara, exuberante de vida. Había libélulas zigzagueando entre las eneas. Había un olor a hierba agudizado por savia de pino. Richard apareció detrás de ella, le puso una mano en el hom-

bro y dijo: «Vaya, hola, señora Dalloway». El nombre de señora Dalloway había sido idea de Richard: una engreída licencia tomada una noche ebria en el dormitorio en que él le aseguró que Vaughan no era un apellido adecuado para ella. Le dijo que debería llamarse como alguna gran heroína de la literatura, y mientras ella abogaba por Isabel Archer o Anna Karénina, Richard había insistido en que la señora Dalloway era la única y obvia opción. Quedaba la cuestión de su nombre de pila, un signo demasiado evidente para no tenerlo en cuenta, y, más importante aún, la cuestión más amplia del destino. Era evidente que ella, Clarissa, no estaba destinada a sufrir un matrimonio desastroso o a caer bajo las ruedas de un tren. Su destino era hechizar, prosperar. Así pues, ella era y sería la señora Dalloway.

—¿No hace un día precioso? —preguntó aquella mañana la señora Dalloway a Richard.

—La belleza es una puta —respondió él—. Prefiero el dinero.

Él prefería el ingenio. Como Clarissa era la más joven, la única mujer, pensó que podía permitirse cierto sentimentalismo. Si hubiera sido finales de junio, ella y Richard habrían sido amantes. Haría casi un mes que Richard habría abandonado el lecho de Louis (Louis era la fantasía del granjero, la personificación de la carnalidad de ojos indolentes) y habría ido al de ella.

—Bueno, pues a mí me gusta la belleza —dijo ella. Retiró la mano de él de su hombro y mordió la punta del dedo índice un poquito más fuerte de lo que pretendía. Ella tenía dieciocho años y le habían puesto un nombre nuevo. Era libre de hacer lo que quisiera.

Los zapatos de Clarissa rasparon suavemente la superficie de las escaleras cuando descendió para comprar flores. ¿Por qué no la entristecía más la perversamente simultánea buena suerte de Richard («una voz profética, angustiada, de las letras norteamericanas») y su decadencia («Que hayamos podido detectar, no tiene ningún linfocito T»)? ¿Qué le pasa a Clarissa? Ama a Richard, piensa en él continuamente, pero quizás ama un poquito más el día. Ama la calle Diez Oeste una ordinaria mañana de verano. Se siente como una viuda libidinosa, con el pelo recién teñido debajo del velo negro y un ojo puesto en los hombres idóneos que asisten al velatorio de su marido. De los tres —Louis, Richard y Clarissa—, ella siempre ha sido la más dura de corazón, y la más proclive a idilios. Ha aguantado las pullas a este respecto durante más de treinta años; hace mucho que decidió desistir y disfrutar de sus indisciplinados y voluptuosos impulsos, que, como dijo Richard, suelen ser tan despiadados y tiernos como los de un niño especialmente irritante y precoz. Sabe que un poeta como Richard vivirá con seriedad esta misma mañana, hará su crónica, descartando la fealdad fortuita y la belleza casual, en busca de la verdad económi-

ca e histórica que se esconde detrás de esas viejas casas urbanas de ladrillo, de las austeras filigranas de piedra de la iglesia episcopal y del hombre flaco, de mediana edad, que pasea a su terrier Jack Russell (esos perritos belicosos y zambos proliferan de pronto en la Quinta Avenida), mientras que ella, Clarissa, se limita a gozar sin motivo de las casas, la iglesia, el hombre y el perro. Es pueril, lo sabe. No es sutil. Si tuviera que expresar-lo públicamente (ahora, a su edad), este amor suyo la confinaría en el reino de los incautos y los cortos de luces, de los cristianos con guitarras acústicas o de las esposas que han accedido a ser inofensivas a cambio de que las mantengan. Aun así, este amor indiscriminado le parece a ella totalmente serio, como si todo en el mundo formara parte de un vasto e inescrutable designio y todas las cosas del mundo tuviesen su propio nombre secreto, un nombre que no puede transmitir el lenguaje, sino que es, simplemente, la visión y el tacto de la cosa misma. Esta parte determinada y perdurable es lo que ella considera su alma (una palabra engorrosa y sentimental, pero ¿de qué otro modo llamarla?); la parte que es concebible que podría sobrevivir a la muerte del cuerpo. Clarissa nunca habla de esto con nadie. No lo vierte a borbotones ni gorjea. Se limita a proferir exclamaciones ante las muestras obvias de la belleza, e incluso entonces consigue aparentar cierto aspecto de contención adulta. La belleza es una puta, dice ella a veces. Prefiero el dinero.

Esta noche da una fiesta. Llenará de comida y de flores las habitaciones de su apartamento, así como de gente con ingenio e influencia. Hará de lazarillo de Richard en la fiesta, cuidando de que no se fatigue demasiado, y luego le llevará a la parte alta de la ciudad para la entrega del premio.

Endereza los hombros mientras aguarda a que cambie el semáforo en la esquina de la calle Ocho con la Quinta Avenida. Ahí la tienes, piensa Willie Bass, que se cruza con ella algunas mañanas por estas latitudes. La antigua beldad, la antigua hippie, con el pelo todavía largo y de un gris desafiante, en una de sus rondas matutinas con tejanos, camisa de algodón, de hombre, y una especie de sandalias étnicas (¿India?, ¿Centroamérica?). Conserva cierto atractivo erótico; un toque bohemio, un encanto como de bruja buena; pero esta mañana irradia un aire trágico, tan tiesa con su camisa holgada y su calzado exótico, resistiendo la atracción de la gravedad, una mamut hundida ya hasta las rodillas en el alquitrán y que a intervalos descansa del esfuerzo, voluminosa y altiva, casi desdeñosa, fingiendo que contempla las hierbas tiernas que esperan en la orilla opuesta, aunque ya empieza a tener la certeza de que se quedará donde está, atrapada y sola, después del anochecer, cuando salen los chacales. Aguarda pacientemente ante el semáforo. Debía de ser una mujer espectacular hace veinticinco años; los hombres debían de morirse felices en sus brazos.

Willie Bass está orgulloso de su capacidad de discernir la historia de un rostro; de entender que quienes ahora son viejos fueron jóvenes un día. La luz del semáforo cambia y Clarissa echa a andar.

Cruza la calle Ocho. Ama, sin poder remediarlo, el televisor roto y abandonado en la acera, junto a una sola zapatilla blanca de charol. Ama el carro del vendedor ambulante, repleto de brócolis, melocotones y mangos, cada uno con una etiqueta que anuncia un precio en medio de signos de puntuación profusos: «ii\$1,49!!», «i3 por UN dólar!», «iii50 centavos cada uno!!!». Más adelante, debajo del arco, una anciana con un vestido oscuro y de buen corte parece que canta, plantada exactamente entre las estatuas gemelas de George Washington, como guerrero y como político, ambas efigies deterioradas por el clima. La algarabía y la palpitación de la ciudad te conmueven; su espesura; su vida infinita. Conoces la historia de que Manhattan era un erial comprado con collares de cuentas, pero te parece imposible creer que no siempre ha sido una ciudad; que si excavas encontrarás debajo las ruinas de otra más antigua y después las de otra y otra más. Bajo el cemento y la hierba del parque (ha entrado en el parque ahora, donde la anciana canta y echa la cabeza hacia atrás) yacen los huesos de los sepultados en la fosa común que fue simplemente pavimentada, hace cien años, para construir Washington Square. Clarissa camina por encima de los cadáveres

mientras unos hombres susurran ofreciendo drogas (a ella no), tres muchachas negras pasan zumbando en sus patines y la anciana canta, desafinando, *iiiiii*. Clarissa se siente asustada y jubilosa por la suerte que tiene, por su buen calzado (aun habiéndolo comprado en Barney); tiene delante, en definitiva, la compacta miseria del parque, visible incluso bajo su capa de césped y flores; ahí están los camellos de la droga (¿llegarían a matarte, llegado el caso?) y los lunáticos, los aturdidos y los desnortados, la gente cuya estrella, si alguna vez la tuvieron, les ha abandonado. Así y todo, ella ama del mundo que sea crudo e indestructible, y sabe que hay otras personas que también deben de amarlo, tanto ricos como pobres, aunque nadie hable de las razones concretas. ¿Por qué, si no, seguimos viviendo, por muy comprometidos, por muy dolidos que estemos? Aunque estemos más muertos que Richard; aunque estemos descarnados, lacerados de lesiones, nos caguemos en las sábanas; a pesar de todo, desesperadamente, queremos vivir. Tiene que ver con todo esto, piensa ella. Ruedas que zumban sobre el hormigón, su alboroto y estruendo; cortinas de brillante rocío que brotan de la fuente mientras jóvenes descamisados lanzan un *frisbee* y los carritos forrados de metal plateado de los vendedores ambulantes (de Perú, de Guatemala) despiden un humo punzante y carnoso; ancianos y ancianas que se estiran para recibir los rayos de sol desde los bancos en que están sentados, y que

hablan unos con otros en voz baja, moviendo la cabeza; el gemido de los cláxones y el rasgueo de guitarras (aquel grupo andrajoso de allí, esos tres chicos y una chica, ¿podrían estar tocando *Eight Miles High?*); hojas que relucen en las ramas; un perro moteado que persigue a las palomas, y una radio ambulante que difunde *Always love you*, mientras la mujer del vestido oscuro sigue cantando *iiiiii* debajo del arco.

Atraviesa la plaza, recibe una rápida rociada de la fuente y aparece Walter Hardy, musculoso con sus *shorts* y su camiseta sin mangas, que ejercita su zancada airosa y atlética por Washington Square Park. «Eh, Clare», la llama Walter, en broma, y hay un momento de torpeza en que no saben dónde besarse. Walter acerca sus labios hacia los de ella, y ella, instintivamente, aparta la boca y le ofrece una mejilla. Luego se arrepiente y gira de nuevo medio segundo más tarde de lo que debería, con lo que los labios de Walter solo establecen contacto con la comisura de su boca. Qué ñoña soy, piensa ella; qué abuelita. Las bellezas del mundo me derriten, pero soy reacia, por puro y simple reflejo, a que me bese un amigo en la boca. Richard le dijo, hace treinta años, que bajo su pátina de pirata se escondía una perfecta ama de casa, y ahora ella se ve a sí misma como una pusilánime, demasiado convencional, la causa de mucho sufrimiento. No es extraño que su hija le guarde rencor.

—Me alegro de verte —dice Walter.

Clarissa sabe —prácticamente puede verlo— que, en ese momento, Walter está calibrando con una serie de intrincadas evaluaciones la importancia que ella tiene para él. Sí, es la mujer del libro, el tema de una novela muy esperada de un autor casi legendario, pero el libro fracasó, ¿no? Tuvo reseñas concisas; se deslizó en silencio por debajo de las olas. Walter decide que Clarissa es como una aristócrata derrocada, interesante pero sin una importancia especial. Ella le ve llegar a esta conclusión. Sonríe.

—¿Qué haces tú un sábado en Nueva York? —pregunta.

—Evan y yo nos quedamos este fin de semana en la ciudad —dice él—. Se siente mucho mejor con ese nuevo cóctel y dice que esta noche quiere ir a bailar.

—¿No es un poco excesivo?

—Le tendré vigilado. No dejaré que se pase de la raya. Simplemente quiere airearse un poco.

—¿Crees que tendrá ganas de venir a mi casa esta noche? Damos una fiesta para celebrar el Premio Carrouthers de Richard.

—Oh. Estupendo.

—Lo sabías, ¿no?

—Claro.

—No es un premio anual. No tienen un cupo que cubrir, como el Nobel y todos los demás. Lo conceden cuando se dan cuenta de que hay alguien de mérito innegable.

—Es estupendo.

—Sí —dice ella. Tras una pausa, añade—: El último que lo recibió fue Ashbery. Antes que a él se lo dieron a Merrill, a Rich y a Merwin.

Una sombra empaña la ancha e inocente cara de Walter. Clarissa se pregunta: ¿será que no conoce esos nombres? ¿O es que acaso tiene envidia? ¿Se figura que él podría ser candidato a un premio de ese tipo?

—Lamento no haberte hablado antes de la fiesta —dice ella—. No se me ocurrió que estuvierais aquí. Nunca estáis los fines de semana.

Walter dice que irá, por supuesto, y que llevará a Evan si Evan se siente con ánimos, aunque Evan, claro está, quizá prefiera reservar sus energías para bailar. Richard se pondrá furioso al enterarse de que ha invitado a Walter, y Sally, sin duda, se pondrá de su parte. Clarissa lo entiende. Pocas cosas en el mundo tienen menos misterio que el desdén que mucha gente siente por Walter Hardy, que cumplirá cuarenta y seis años con gorra de béisbol y zapatillas Nike; que gana una cantidad obscena de dinero escribiendo novelas rosas de amor y desengaños cuyos protagonistas son jóvenes perfectamente musculados; que puede estar bailando toda la noche con música *house*, feliz e incansable como un pastor alemán que corre a recoger un palo. Se ven hombres como Walter en todo Chelsea y el Village, hombres de cuarenta o mayores empeñados en que siempre han sido alegres y seguros y cachas; que no

han sido nunca niños raros, zaheridos o despreciados. Richard sostiene que los homosexuales eternamente jóvenes hacen más daño a la causa que los que seducen a niños; y sí, es cierto que Walter no aporta ni una sola gota de ironía o cinismo adultos, nada remotamente profundo, a su interés por la fama y las modas, por el último restaurante, pero es justo esta inocencia glotona lo que Clarissa aprecia. ¿No amamos a los niños, en parte, porque viven fuera de los dominios del cinismo y la ironía? ¿Es tan terrible que un hombre quiera más juventud, más placer? Además, Walter no es un corrupto; no está exactamente corrompido. Escribe los mejores libros que puede —libros llenos de romanticismo y sacrificio, de valor frente a la adversidad—, y que sin duda ofrecen verdadero consuelo a cantidad de lectores. Su nombre aparece de manera constante en invitaciones para recaudar fondos y en cartas de protesta; escribe reseñas de propaganda embarazosamente elogiosa para escritores más jóvenes. Cuida fielmente de Evan. En estos tiempos, piensa Clarissa, se juzga a las personas primero por su bondad y su capacidad de entrega. El ingenio y el intelecto a veces cansan; ese pequeño alarde de genio del que hace gala cada cual. Ella se niega a dejar de disfrutar de la superficialidad desvergonzada de Walter Hardy, aun cuando eso vuelva loca a Sally y haya llegado a inducir a Richard a preguntarse en voz alta si ella misma, Clarissa, no es más que una vanidosa sin seso.

—Bueno —dice Clarissa—. Sabes dónde vivimos, ¿verdad? A las cinco en punto.

—A las cinco.

—Tiene que ser pronto. La ceremonia es a las ocho, y hacemos la fiesta antes en lugar de después. Richard no soporta trasnochar.

—Bueno. A las cinco. Nos vemos allí.

Walter estrecha la mano de Clarissa y se aleja con paso rítmico, una demostración de vitalidad saludable. Es una broma cruel, en cierto modo, invitar a Walter a la fiesta de Richard, pero Walter, a fin de cuentas, está vivo, al igual que Clarissa, esta mañana de junio, y se sentiría horriblemente desairado si descubriera (y al parecer lo descubre todo) que Clarissa ha hablado con él el día de la fiesta y no le ha dicho nada de ella adrede. El viento mece las hojas, mostrando el verdor más brillante y grisáceo de su cara interna, y Clarissa siente el súbito deseo, con sorprendente urgencia, de que Richard esté a su lado, en ese mismo momento; no el Richard que ha llegado a ser, sino el que era hace diez años; Richard el charlatán incansable y sin miedo, Richard el criticón. Desea la discusión que ella y él habrían tenido acerca de Walter. Antes de la decadencia de Richard, siempre estaban riñendo. A Richard realmente le preocupaban las cuestiones del bien y el mal, y nunca, durante veinte años, había renunciado del todo a la idea de que la decisión de Clarissa de vivir con Sally constituía, si no una manifestación co-

tidiana de profunda corrupción, al menos una debilidad por parte de ella que denunciaba (aunque Richard jamás lo reconocería) a las mujeres en general, puesto que parecía haber decidido hacía tiempo que Clarissa no solo se representa a sí misma, sino también las virtudes y las flaquezas de su sexo. Richard siempre ha sido su compañero más riguroso y desquiciante, su mejor amigo, y si siguiera siendo él mismo y no hubiese caído enfermo, ahora podrían estar discutiendo acerca de Walter Hardy y la búsqueda de la eterna juventud, y sobre el hecho de que los homosexuales tiendan a imitar a los chicos que los torturaban en el instituto. El Richard de antes era capaz de hablar media hora seguida acerca de las diversas interpretaciones posibles sobre la pésima copia de la Venus de Botticelli que un joven negro está dibujando con tiza en el cemento, y si Richard hubiese advertido la bolsa de plástico que se lleva el viento y que se infla contra el cielo blanco y se ondula como una medusa, se habría puesto a perorar sobre los productos químicos y los infinitos beneficios, la mano rapaz. Habría querido hablar de que la bolsa (pongamos que contuviese patatas fritas y plátanos ya pasados; pongamos que se le hubiese caído por descuido a una madre agobiada e indigente al salir de una tienda rodeada de su prole de niños que se pelean) llegaría al Hudson y flotaría durante todo el trayecto hasta el océano, donde finalmente una tortuga, animal que puede vivir cien años, la

confundiría con una medusa y moriría al comérsela. Que Richard pasara sin transición de este tema al de Sally era posible; que preguntara por su salud y su dicha con una formalidad mordaz. Tenía la costumbre de preguntar por Sally después de una de sus peroratas, como si Sally fuese una especie de puerto seguro y del todo banal; como si Sally (la estoica, la atormentada, la sutilmente sabia) fuera inofensiva e insípida a la manera en que lo es una casa en una calle tranquila o un buen automóvil, sólido y fiable. Richard ni admitirá ni abandonará nunca la aversión que le tiene; nunca renunciará a su convicción personal de que Clarissa se ha convertido, en el fondo, en un ama de casa, y da lo mismo que ella y Sally no intenten ocultar el amor que se tienen para guardar las apariencias, y que Sally sea una mujer afectuosa e inteligente, una productora de la televisión pública, por el amor de Dios: ¿cuánto más laboriosa y socialmente responsable, cuánto más drásticamente mal pagada tiene que ser? No importan los buenos libros, tan poco rentables, que Clarissa se empeña en publicar, junto con la basura que le da de comer. No importa su actividad política, toda su labor con enfermos de sida.

Clarissa cruza Houston Street y piensa que debería comprar alguna chuchería para Evan, para celebrar la transitoria recuperación de su salud. Flores, no; si las flores son sutilmente impropias para los difuntos, son desastrosas para los enfermos. Pero entonces, ¿qué? Las

tiendas del SoHo están llenas de vestidos de fiesta, joyas y objetos Biedermeier; nada adecuado para regalar a un joven imperioso e inteligente que tal vez, o tal vez no, llegue a vivir, con la ayuda de un arsenal de fármacos, su tiempo normal de vida. ¿Qué es lo que quiere cada uno? Clarissa pasa por delante de un comercio y piensa en comprarle un vestido a Julia, estaría guapísima con ese vestido negro de tirantes Anna Magnani, pero Julia no se pone vestidos, se empeña en gastar su juventud, el breve lapso en que una puede ponerse lo que quiera, luciendo por ahí una camiseta interior de hombre y botas de cuero con cordones del tamaño de un bloque de hormigón. (¿Por qué su hija le habla tan poco? ¿Qué fue de la sortija que le regaló por su dieciocho cumpleaños?) Ahí está esa pequeña librería tan buena de Spring Street. Quizás a Evan le guste un libro. En el escaparate hay uno (¡solo uno!) de Clarissa, otro del inglés (vergonzoso, cómo ha tenido que batallar para que hagan una edición de diez mil ejemplares, y, peor todavía, la impresión que da de que tendrán suerte si venden la mitad), junto con la saga familiar sudamericana que perdió ante una editorial más grande y que es evidente que no obtendrá beneficios porque, debido a misteriosas razones, es un libro respetado pero que no gusta. Hay una nueva biografía de Robert Mapplethorpe, los poemas de Louise Glück, pero nada parece encajar. Todos son, de golpe, demasiado generales y demasiado específicos. Se trata de regalarle el

libro de su propia vida, el que le sitúe, le tutele, le fortalezca para los cambios. No puedes llevarle cotilleos de celebridades, ¿no? No puedes llevarle la historia de un novelista inglés amargado ni el destino de siete hermanas en Chile, por muy bien escritos que estén, y es tan probable que Evan empiece a leer poesía como que se ponga a pintar platos de porcelana.

No hay consuelo, por lo visto, en el mundo de los objetos, y Clarissa teme que el arte, incluso el más sublime (incluso los tres volúmenes de poesía de Richard y su única e ilegible novela), pertenezca terca-mente al mundo de los objetos. De pie delante del escaparate de la librería, la asalta un viejo recuerdo, una rama de árbol golpeteando contra una ventana al mismo tiempo que, en alguna otra parte (¿en el piso de abajo?), brota de un fonógrafo una música tenue, el suave quejido de una banda de jazz. No es su primer recuerdo (en el primero parece haber un caracol que reptaba por el canto de un bordillo), y ni siquiera el segundo (las sandalias de esparto de su madre, o quizá los dos se han invertido), pero este recuerdo, más que cualquier otro, resulta apremiante y profundo, depara un consuelo casi sobrenatural. Clarissa estaría, probablemente, en una casa en Wisconsin: una de las muchas que sus padres alquilaban para pasar el verano (rara vez arrendaban la misma dos veces; todas parecían tener algún defecto para que su madre las incluyese en el relato que estaba escribiendo).

do: El reguero de lágrimas del viaje de la familia Vaughan por las hondonadas de Wisconsin). Clarissa tendría unos tres o cuatro años, estaba en una casa a la que no volvería, de la que no conserva ningún recuerdo aparte de este perfectamente nítido, más claro que algunas cosas que sucedieron ayer: una rama que golpea contra una ventana y, al mismo tiempo, el sonido de instrumentos; como si el árbol, sacudido por el viento, hubiese producido de algún modo la música. Le parecía que en aquel momento había comenzado a habitar en el mundo, a entender las promesas implícitas en un firmamento más amplio que la felicidad humana, aunque también la incluyese junto con todas las demás emociones. La rama y la música le importan más que todos los libros que hay en la vitrina. Quiere para Evan y para sí misma un libro que sepa transmitir lo que transmite un recuerdo aislado. Mira un rato los libros y su propio reflejo yuxtapuestos en el cristal (aún conserva su buena estampa, ahora de mujer guapa en lugar de bonita: ¿cuándo empezarán a aparecer los frunces y la piel demacrada y los labios arrugados de su cara de anciana?), y luego sigue su camino, lamentando el precioso vestido negro que no puede comprarle a su hija Julia porque está subyugada por una tortillera teórica y se empeña en ponerse camisetas y botas del ejército. Respetas a Mary Krull, ella no te deja otra alternativa, viviendo como vive al borde de la pobreza, y dando apasionadas conferen-

cias en la Universidad de Nueva York sobre esa penosa mascarada conocida como los sexos. Quieres apreciarla, así como su lucha, pero a la postre es demasiado despótica en su intensidad intelectual y moral, en su infatigable demostración de probidad agresiva y chaqueta de cuero. Sabes que se burla de ti en privado, por las comodidades de las que disfrutas y tus ideas pintorescas (ella debe de considerarlas así) sobre la identidad lesbiana. Empiezas a cansarte de que te traten como a una enemiga simplemente porque ya no eres joven, porque te vistes de forma convencional. Quieres gritarle a Mary Krull que eso no cambia gran cosa; quieres que ella se meta en tu cabeza unos cuantos días y sienta tus preocupaciones y tristezas, el miedo indescriptible. Crees —sabes— que tú y Mary Krull padecéis la misma enfermedad mortal, la misma angustia anímica, y con tan solo un empujoncito más podríais haber sido amigas, pero siendo como son las cosas, ella ha venido a reclamar a tu hija y tú, sentada en tu apartamento confortable, la odias tanto como la odiaría cualquier padre republicano. Al padre de Clarissa, amable casi hasta el punto de la translucidez, le encantaba ver a mujeres con vestiditos negros. Su padre se cansó con el tiempo; renunció a su beligerancia del mismo modo que a menudo desistía de polémicas, por la sencilla razón de que era más fácil asentir. Ahí arriba, en MacDougal, una productora está rodando una película, entre el tráfago

habitual de caravanas y camiones de material, los bancos de luces blancas. Ahí está el mundo ordinario, el rodaje de una película, un chico puertorriqueño que despliega el toldo de un restaurante con una pértiga plateada. Ahí está el mundo, y tú vives en él, y lo agradeces. Procuras hacerlo.

Abre de un empujón la puerta de la floristería, que siempre está un poco atascada, y entra, una mujer alta y de espalda ancha en medio de ramos de rosas y jacintos, de las superficies musgosas de narcisos, de las orquídeas que tiemblan en sus tallos. Barbara, que lleva años trabajando en la tienda, la saluda. Tras una pausa, le ofrece la mejilla para que la bese.

—Hola —dice Clarissa. Sus labios tocan la piel de Barbara y es un instante súbita e inesperadamente perfecto. Está en la tienda en penumbra, deliciosamente fresca, que es como un templo, solemne en su abundancia, sus ramos de flores secas que cuelgan del techo y los rollos de cintas que penden contra la pared del fondo. Hubo aquella rama que golpeaba contra el cristal de la ventana y hubo aquella otra, aunque ella era mayor, cinco o seis años, en su propio dormitorio, una rama cubierta de hojas rojas, y recuerda haber pensado, con reverencia, incluso entonces, en la rama anterior, la que parecía provocar la música en el piso de abajo; recuerda que amaba la rama de otoño porque le recordaba la anterior, golpeteando contra la ventana de una casa a la que nunca volvería y cuyos de-

talles, por lo demás, no recordaba. Ahora está aquí, en la floristería donde las amapolas se mecen blancas y de color albaricoque sobre sus tallos largos y vello-
sos. Su madre, que llevaba en el bolso una cajita me-
tálica de pastillas de menta, blancas como la nieve,
fruncía los labios y llamaba a Clarissa loca, chica loca,
con un tono de admiración coqueta.

—¿Cómo está usted? —pregunta Barbara.

—Bien, solo bien —dice ella—. Damos una pe-
queña fiesta esta noche, para un amigo que acaba de
ganar el gran premio literario.

—¿El Pulitzer?

—No. Se llama Premio Carrouthers.

Barbara pone una cara inexpresiva que Clarissa in-
terpreta como una sonrisa. Tiene alrededor de cuaren-
ta años y es una mujer pálida y corpulenta que vino
a Nueva York a cantar ópera. Algo en su rostro —la
mandíbula cuadrada o los ojos sin expresión, serios—
recuerda que la gente hace cien años debió de ser
esencialmente igual que ahora.

—Ahora mismo no tenemos mucho género —co-
menta—. Esta semana ha habido unas cincuenta
bodas.

—No necesito gran cosa —dice Clarissa—. Solo
unos ramilletes de cualquier cosa.

Se siente inexplicablemente culpable de no ser más
amiga de Barbara, aunque solo se conocen como cien-
ta y dependienta. Clarissa siempre le compra las flores

a ella, y hace un año le envió una tarjeta, cuando se enteró de que temía padecer un cáncer de mama. A Barbara no le han ido las cosas como hubiera querido; va tirando con su sueldo por horas (vive, probablemente, en un apartamento con la bañera en la cocina), y por esta vez ha esquivado el cáncer. Mary Krull se cierne, por un momento, sobre los lirios y las rosas, dispuesta a horrorizarse por lo que va a gastar Clarissa.

—Tenemos unas hortensias preciosas —dice Barbara.

—¿Puedo verlas?

Clarissa va al refrigerador y escoge unas flores que Barbara saca de sus recipientes y sostiene, goteando, en los brazos. En el siglo XIX habría sido una esposa rural, afable y sin un encanto especial, descontenta, de pie en un jardín. Clarissa elige peonías, lirios stargazer y rosas de color crema, no quiere las hortensias (culpa, culpa, parece que nunca vas a superarla), y está sopesando si comprar iris (¿no son los iris un poco... anticuados?), cuando suena un estrépito fuera, en la calle.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Barbara. Ella y Clarissa se acercan a la ventana.

—Creo que es la gente del cine.

—Seguramente. Han estado rodando toda la mañana.

—¿Sabe de qué se trata?

—No —dice ella, y se aparta de la ventana con

cierta rectitud provectora, sosteniendo las flores en los brazos, al igual que el espectro de su yo anterior de hace cien años se habría apartado del traqueteo y el crujido de un carruaje de paso, lleno de excursionistas pulcramente vestidos de una ciudad lejana. Clarissa se queda observando el barullo de camiones y remolques. De pronto, se abre la puerta de uno de los remolques y aparece una cabeza famosa. Es una cabeza de mujer, vista de perfil, a bastante distancia, como la efigie de una moneda, y aunque Clarissa no acierta a reconocerla de inmediato (¿Meryl Streep? ¿Vanessa Redgrave?), no le cabe la menor duda de que es una estrella de cine. Lo sabe por el aura de seguridad regia que la rodea, y por el entusiasmo con que uno de los hombres del atrezo habla con ella (sin que Clarissa alcance a oírlos) sobre la causa del ruido. La cabeza de la mujer se retira enseguida y la puerta del remolque se vuelve a cerrar, pero la actriz deja, como una estela, una inconfundible sensación de reprimenda vigilante, como si un ángel hubiera tocado brevemente la superficie del mundo con un pie calzado con una sandalia, hubiera preguntado si había algún problema y, al haberse respondido que no había ninguno, hubiese vuelto a su sitio en el éter con una gravedad escéptica, tras recordar a los hijos terrenales que apenas están autorizados a manejar sus propios asuntos, y que no pasará por alto una nueva negligencia.